

LA IGLESIA DE TODOS

¿Pertenece hoy Medellín y Puebla a un pasado ya superado? El autor recupera en este artículo la importancia y la actualidad de la “opción preferencial por el pobre” en un mundo marcado por “la injusticia, la pobreza, la marginación y el olvido de tantos”. Recuerda el giro que supuso el Vaticano II y de qué modo se hizo consciente la centralidad de esta opción, especialmente para la iglesia latinoamericana y caribeña, como una exigencia del mismo seguimiento de Jesús.

Páginas, (2019) núm. 256, 14-21

Desde el mundo de la insignificancia

Los pobres han sido, lo son todavía, los grandes ausentes: salvo esporádicos momentos, parecen pasar por la existencia sin dejar huella. Sus sufrimientos, su marginación, como también sus tradiciones y valores culturales, sueños y alegrías, los obligaron a tomar no las grandes avenidas sino las vías laterales y los callejones sin salida de la vida de nuestros pueblos. Esta situación empezó a modificarse, germinal, pero visiblemente a mediados del s. XX cuando el Vaticano II creó un clima de renovación y apertura que roturaba nuevos caminos. Puebla tomó nota de esta compleja situación y tuvo la perspicacia de ir más lejos y valorar los gérmenes de vida y de liberación que bullían, también, en ese tiempo. A mediados del siglo XX, los pobres y marginados comienzan a adquirir una nueva presencia en Latinoamérica y el Caribe.

No faltaron sectores en ciertos países descontentos con las tomas de posición sobre la pobreza y la injusticia reinantes en el continente y, además, con la clara afirmación del mensaje evangélico referente a los pobres, presente en las conclusiones de Puebla. En varios de esos países la resistencia se convirtió, muchas veces, en una dura represión, al punto de que costó numerosas vidas de personas que murieron con “el signo martirial”, como decía monseñor Romero, lo que fue su propio caso.

Pese a todo esto, el enfoque bíblico acerca de los pobres -cuestión capital en el testimonio del Evangelio- continuó acompañando y asumiendo compromisos con los ‘invisibles’ de estas tierras, abriéndose a otros sectores populares y marginados y con atención a la gran diversidad cultural del continente. El mensaje de vida y liberación puso su impronta en la trayectoria de la Iglesia latinoamericana y caribe-

ña. Así lo reconoció, treinta años después, el clima y las conclusiones de la Conferencia de Aparecida (2007), que hizo memoria de la entrega de “tantos hombres y mujeres [laicos, religiosos y religiosas, sacerdotes, obispos] que esparcieron en nuestra geografía las semillas del Evangelio, viviendo valientemente su fe, incluso derramando su sangre como mártires” (Ap 275).

De este modo, codeándose con dificultades e incomprensiones, el mensaje de Medellín y Puebla abrió rutas no transitadas para vivir una fe que exige la justicia y la solidaridad, que cree en el Dios de la vida, pero no olvida la dura realidad que viven los pobres. El Episcopado latinoamericano afirma por eso que “no puede quedar indiferente ante las tremendas injusticias sociales existentes en América Latina, que mantienen a la mayoría de nuestros pueblos en una dolorosa pobreza cercana en muchísimos casos a la inhumana miseria”.

El aporte de Medellín y Puebla no ha quedado encasillado en el pasado. Es el punto de partida de una andadura histórica “de larga duración” que ha conocido callejones, aparentemente, sin salida, pero que también ha producido logros importantes. Lo cierto es que lo fundamental de su mensaje está en pleno vigor. Vaticano II y la conferencia de Puebla responden a los retos de su época, los signos de los tiempos no son los mismos pero la fuente, el mensaje de Jesús, de la que brotan las respuestas es la misma.

Para conocer a Dios es necesario conocer al ser humano (Pablo VI)

Juan XXIII convocó a un concilio que llamó pastoral. Lo pastoral está enraizado en el seguimiento de Jesús, es decir, la espiritualidad, que, a su vez, nos remite a las fuentes bíblicas y a la reflexión sobre ellas. La mayor preocupación era, naturalmente, cómo presentar el mensaje evangélico. Todos sus documentos apuntan a esa meta, sugiriendo posibilidades y caminos para alcanzarla. En esto jugó un importante papel el modo de concebir y comunicar la Buena Nueva. Se tuvo, desde un inicio, la convicción que era necesario superar los dualismos que, por mucho tiempo, debilitaron y trabaron un testimonio del Evangelio que convocaba más al repliegue sobre sí mismo que a la salida y al diálogo. Y así, superando los dualismos, ofrecer un mensaje llamado a mostrar con alegría y vigor lo que puede aportar a la humanidad encarnándose, como lo hizo Jesús, en la historia humana, es decir, que hay que conocer lo terreno para conocer a Dios.

En una palabra, no hay dos historias paralelas, una profana y otra sagrada. Esta última se da en las entrañas mismas del devenir humano, la obra de Dios abarca Creación y Redención. Vivir y pensar el mensaje cristiano no puede evitar la conciencia de la situación de despojo y marginación en que se encuentra ese pueblo cristiano y pobre, y del sufrimiento que todo eso acarrea. Tam-

poco se puede obviar el testimonio de tantos cristianos que en estos años han entregado sus vidas, siguiendo variados caminos, en solidaridad con los pobres y oprimidos. Esto ha hecho que esta teología lleve desde sus inicios el sello martirial.

Distinguir para optar

Los cambios en el modo de comprender la pobreza imponían una relectura de la perspectiva bíblica. La vivencia y el conocimiento de la pobreza, de su complejidad, así como de sus causas, conduce a una firme conclusión: se trata de una realidad inhumana radicalmente injusta, y a la vez susceptible de ser eliminada. Es necesario, en consecuencia, emprender una reflexión sobre este asunto para disipar equívocos, encontrar los caminos para dar testimonio del Evangelio. En un mundo marcado por la injusticia, la pobreza, la marginación, el olvido de tantos, ¿cómo ser una Iglesia de los pobres, y pobre ella misma, en medio de esa realidad? ¿Quiénes son los pobres hoy, según el Evangelio? ¿Qué significa tomar el mismo camino de Jesús? (LG 8). Son preguntas que no podemos esquivar.

Una primera sistematización de las diferentes acepciones bíblicas de la pobreza fue asumida en Medellín en el documento *Pobreza de la Iglesia*. Este documento dio lugar a experiencias y compromisos de numerosas personas, pertenecientes a diferentes movimientos

de laicos y a comunidades cristianas solidarias con los pobres, en los años que siguieron a dicha conferencia episcopal. Se construyó así, piedra a piedra, la propuesta del estilo de vida que se expresaría en la frase “opción preferencial por el pobre”. Una opción que caracteriza decisivamente la vida de la Iglesia entre nosotros, hasta el punto de que, como se dice en la Conferencia de Aparecida, constituye hoy “uno de los rasgos que marca la fisonomía de la Iglesia latinoamericana y caribeña” (n. 391) con alcances que, desde hace años, van más allá de este continente.

Distinguir diversas acepciones del término pobreza desbrozó una ruta. Fue algo así como un intento de higiene mental acerca de un tema que muchas veces se manifiesta enrevesado, cuando no desconocido por inercias y acomodados. Sin embargo, esas distinciones no van por cuerdas separadas, la relación entre ellas es estrecha, forman un todo con significaciones que dependen unas de otras.

La expresión “opción por el pobre” se construye paso a paso, en la década de los 60, en el seno de la Iglesia latinoamericana y caribeña, desde la experiencia y la reflexión teológica acerca de esta exigencia evangélica. Un poco más tarde, en diferentes reuniones y textos de movimientos y grupos cristianos y de obispos de América Latina, aparecen frases como “opción privilegiada o prioritaria de Dios por los pobres”, “un Dios que toma partido por los pobres”, “solidari-

dad preferente”, “predilección o prioridad por los pobres”... y otras expresiones similares. Con ello se busca subrayar dos rasgos del amor de Dios, según la Biblia: amor por toda persona, sin excepción, y prioridad por los débiles y oprimidos.

La conferencia de Puebla recoge todo este recorrido de experiencias y reflexiones de numerosas comunidades cristianas y encarga a una de sus comisiones tratar el tema de la “opción preferencial por el pobre” y elaborar el documento correspondiente. La cuestión y la fórmula se hallan, por lo tanto, en el comienzo mismo de dicha asamblea no es un añadido impuesto a sus conclusiones, aunque sea, eso sí, una línea de fuerza de ellas.

a) *Pobre*. Se trata del pobre real (o material). En Medellín se dice de la pobreza real que ella es una condición que “en cuanto tal”, es “un mal (...) fruto de la injusticia y el pecado” (*Pobreza* 4). La opción preferencial, precisada en Puebla, se refiere a los pobres reales, no cabe duda al respecto. Es obvio que no estamos aquí ante una opción por los pobres espirituales.

b) *Preferencia*. Está en la línea de la pobreza espiritual en la medida en que la “disponibilidad de quien todo lo espera del Señor” (*Pobreza*, l.c.) significa hacer nuestra la voluntad de gratuidad y justicia del amor de Dios por toda persona y prioritariamente por los pobres e insignificantes, siguiendo el ejemplo de Jesús. Universalidad y preferencia son las dos vertientes del

amor del Dios Padre/Madre, no se entiende la una sin la otra. Hablar de preferencia significa no olvidar que el amor de Dios es universal.

c) *Opción*. A ella corresponde la pobreza como compromiso, motivado en Medellín por la solidaridad (“amor”) con el pobre, cuya condición de pobreza se asume “para dar testimonio contra el mal que ella [la pobreza] representa” (id.), no para idealizarla. Puebla recupera, explícitamente, los términos originales empleados en Medellín: “Exigencia evangélica de la pobreza como solidaridad con el pobre y como rechazo de la situación en que vive la mayoría del continente” (n. 1156). Esta opción es una denuncia de la injusticia de la pobreza, y una “defensa de los derechos de los pobres”.

No olvidemos que, si la frase “opción preferencial por el pobre” es reciente, el contenido es bíblico, rubricado por el testimonio de Jesús. En la Biblia, la recusación de la pobreza real en tanto situación inhumana e injusta, así como el amor prioritario por los que viven en ella, constituyen el cimiento de una perspectiva que ha marcado nuestra práctica como cristianos y nuestro discurso sobre la fe.

Por todo ello, ante “el clamor de los pobres por la liberación”, Medellín propone una Iglesia solidaria con la aspiración a la vida, la libertad y la justicia: “el rostro de una Iglesia auténticamente pobre, misionera y pascual, desligada de todo poder temporal y audazmente comprometida en la liberación

de todo el hombre y de todos los hombres” (*Juventud*,15). Esta es una Iglesia pobre llamada a ver con nuevos ojos el rostro del pobre en la historia, el rostro del otro en América Latina y el Caribe, el rostro de Cristo en última instancia.

La pobreza no es buena en ella misma (Tomás de Aquino)

Puebla es un momento de afirmación de la Iglesia latinoamericana y caribeña, que confronta la realidad histórica en la que vive como condición de una auténtica comunión con la Iglesia universal. Esta es una condición, asimismo, para encontrar nuevas rutas en el seguimiento de Jesús y en la proclamación del Reino de Dios. No obstante, que la mención de textos y de puntos de vista no nos engañe. Puebla fue, ante todo, una honda, esperanzada e inolvidable experiencia espiritual de compromiso histórico y de oración. Fue un fuerte llamado a la solidaridad con los “hermanos y hermanas más pequeños” de Jesús (Mt 25,40) y nos pone en el camino, de lo que el papa Francisco llama “una Iglesia pobre y para los pobres”. Es una visión en la que hay, tal vez, poco de “religión”, pero mucho de Evangelio.

La pobreza es una situación inhumana e injusta y de rostros diversos que no se limita a la vertiente económica, va más allá. El pobre es un “insignificante”. La insignificancia social no es un destino, es una condición; no es un infortunio, es

una injusticia, y nada justifica la desigualdad existente. Es producto de categorías mentales, atavismos sociales, prejuicios raciales, culturales, de género y religiosos, acumulados a lo largo de la historia; a esto se añaden los intereses económicos, cada vez más ambiciosos e individualistas; y lleva a marginar personas a las que no se reconoce plenamente su dignidad humana y sus derechos.

En esa línea, la situación de la mujer en nuestra sociedad, pese a ciertos pasos positivos, se halla en una escala de valores que evidencia un profundo desdén por su condición humana. Se le niega la plenitud de sus derechos como persona; a ella corresponderían las tareas inferiores en la familia, en el trabajo, en la organización social, en la Iglesia. La solidaridad a la que hemos aludido líneas arriba no es un favor, es una obligación de equidad (Cf. Puebla (*Opción preferencial* nota 2) y Aparecida nn. 451-458).

La pobreza tiene causas, su abolición se halla en nuestras manos, que son las mismas que la forjaron. No es una fatalidad. Somos responsables de ella, especialmente por parte de los que tienen en la sociedad un mayor poder y privilegios. Medellín y Puebla llaman a la pobreza “inhumana miseria” (*Pobreza* n.1) y “violencia institucionalizada” (*Paz* n.16). El asunto de las causas de la pobreza es un punto capital. Incomprendido por muchos al inicio, se fue afirmando en los últimos años en el magisterio social de la Iglesia. La opción preferencial por los pobres es, a la vez, un recha-

zo a la pobreza y una expresión de solidaridad con los pobres. La economía actual es “una economía que mata”, así lo dice el papa Francisco (EG. n. 53). El sentido más hondo del compromiso con el pobre se da en el encuentro con Cristo.

Hace siglos, en la confusa situación en que se vivía en ese tiempo y en estas tierras, Bartolomé de Las Casas vio las cosas con toda claridad, cuando decía acerca de los indígenas que “del más chiquito y olvidado tiene Dios la memoria muy viva y muy reciente”. En nuestro tiempo, Óscar Romero ve en el pasaje de Mateo 25,31-46 un llamado a operar un discernimiento: “Hay un criterio para saber si Dios está cerca de nosotros o está lejos: todo aquel que se preocupa del hambriento, del desnudo, del pobre, del desaparecido, del torturado, del prisionero, de toda carne que sufre, tiene cerca a Dios” (5-02-1978). La perspectiva es clara: el gesto hacia el otro, la solidaridad con el desvalido decide la proximidad o lejanía de Dios y hace comprender lo que realmente significa el término “espiritual” en un contexto bíblico.

Medellín y Puebla, a partir de la vida y la reflexión teológica de las comunidades cristianas, pusieron los cimientos de la frase: “opción preferencial por el pobre”. Expresa en pocas palabras una línea mayor e ineludible de la tarea evangelizadora de los discípulos de Jesús. La conferencia de Aparecida apunta al corazón del cristianismo cuando di-

ce que “esta opción nace de nuestra fe en Jesucristo” (n. 392). Es una opción teocéntrica que no se limita a su aspecto doctrinal, sino que lleva a la solidaridad y al compromiso con el otro: así “nuestras obras probarán nuestra fe” (cf. St 2,18).

En efecto, la solidaridad con el pobre es una opción que va más allá de lo inmediato. Se trata del reconocimiento del derecho de los “insignificantes” a ser gestores de su destino, en tanto expresión de libertad y de dignidad personal. Sin esa convicción no hay una verdadera y respetuosa solidaridad en la opción por los pobres. Al respecto, recuerda una realidad todavía presente y, al mismo tiempo, la exigencia que viene del seguimiento de Jesús: “Compartimos con nuestro pueblo otras angustias que brotan de la falta de respeto a su dignidad como ser humano, imagen y semejanza del Creador y a sus derechos inalienables como hijos de Dios” (Puebla, 40). No basta ser la voz de los sin voz, lo propio es que el pobre tenga su propia voz.

Para ello, al inicio de los trabajos de la Conferencia de Medellín, el Cardenal Landázuri sugería: “A lo largo de estos días de trabajo estemos atentos a la actitud cristiana -porque es de Cristo- de tomar el mundo, tal como es, desde abajo. Solo así seguiremos los caminos de la encarnación que ha iniciado Jesús”. Eso es lo que debemos hacer: tomar el mundo “desde abajo”, desde Galilea, desde los “insignificantes”.

Condensó: Santi Torres